

TRES PLIEGOS.



HISTORIA VERDADERA
DE LA GLORIA DE BETHULIA,
POR
LA HEROICA JUDITH,
CONTRA HOLOFERNES.

SACADA DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Madrid.

SE HALLARÁ DE VENTA EN LA PLAZUELA DE LA CEBADA, NÚM. 96.

1857.

THIR PLINGS



ARTYQVEZ VERDADIA

DE LA GLORIA DE BETHULLA

101

LA HEROICA JUDEA

CONTRA HOLFRES

SACADA DE LA SAGRADA ESCRITURA

1870

IMP. Á CARGO DE D. JOSÉ MARÍA MARÉS,
Plaza de la Cebada, núm. 96.

HISTORIA

DE

LA HEROICA JUDITH.

CAPITULO PRIMERO.

Resolucion attiva de Nabucodonosor para sojuzgar al mundo. — Arrogancia de Holofernes con su formidable ejército. — Aflicciones del pueblo de Dios al verse amenazado. — Heroicas prevenciones del Sumo Sacerdote.

ESTABA Nabucodonosor en la flor de su edad, y en el vigor de sus conquistas, cuando tuvo una caprichosa inspiracion por la que tomó la resolucion de sojuzgar á todo el mundo. Despues de una breve discusion para un negocio de tanta importancia, llamó á Holofernes y le dió orden para que marchase á la parte de Occidente con un ejército de cien mil infantes y doce mil caballos. Juntáronse todos los capitanes, y por todas partes aparecian hormigueros de soldados, como por encanto, y lo mismo que si á este valiente general no le costase mas que dar con el pié en el suelo para hacer nacer los hombres. Veisle aquí á este hombre esforzado, rodeado de tantas legiones dispuestas á echar de si fuego y centellas.

Estaba ya su ejército con gran tren y aparato de víveres y municiones. Parecia que el Cielo le miraba con asombro y que la tierra temblaba á cada paso con el ruido de sus armas. Su marcha atemorizaba á los mas osados, y daba recelos de su ruina á los mas débiles. Delante de él caminaban el rayo, el terror y las amenazas; y despues seguian los llantos, las ruinas y los saqueos.

Marchaba Holofernes en medio de su formidable hueste como un gigante de cien brazos, que se promete derribar las ciudades,

abrasarlas, trastornar las montañas y convertir en las
fuerzas del Universo con los rayos de sus ojos. No sino
embajadores de todas las naciones á su puerta, que ataban
coronas, le ofrecian cirios inciensos, le pedian la paz y misericordia,
suplicándole les concediese la servidumbre; pero este soberbio
general, reusándolo todo, dispuso el marchar sobre las cabezas
de los hombres y hacer un rio de sangre para teñir con ella sus
plantas.

La fama que con cien bocas publicaba los destrozos que por
todas partes iba haciendo este formidable ejército, llegó bien pronto
á Jerusalem, y dió las tristes nuevas al pueblo de Dios. No se oia
á la sazón sino suspiros y gemidos de un pueblo medroso, que
viendo desde lejos esta horrible tempestad, no tenia ni corazon ni
armas para oponerse; los ánimos estaban abatidos, las manos des-
mayadas y las lenguas mudas: no tenian mas defensa que las lá-
grimas que derramaban en abundancia para comenzar los funerales
de su amada patria. Reinaba por entonces Manasés en Jerusalem,
setecientos años antes de la venida de nuestro Redentor, el cual
no viendo expediente alguno para desvanecer esta desdicha, no
tomó la menor providencia; antes por el contrario se ocultó lleno
de aturdimiento; pero Eliachim, Sumo Sacerdote, haciendo el ofi-
cio de esforzado y valiente capitán al par que el de Pontífice,
animó á su pobre pueblo, y enjugó las lágrimas de todos para
mostrarles el primer vislumbre de esperanza que concibieron de
su amada libertad. Despachó correos por todas partes, y mandó á las ciudades
que estaban amenazadas con el paso de estas crueles y soberbias
tropas, que contribuyesen en lo posible con dinero, armas, hom-
bres y víveres, para rechazar al comun enemigo; y sobre todo, que
tomasen los pasos estrechos de los montes, para estorvarles la
venida, donde con poca gente podrian hacer muchísimos que no
aguardándoles en la campaña, en que fuerzas tan numerosas der-
rotarian quanto se les pusiese delante. Además de esto, mandó
hiciesen rogativas públicas, en las que el templo de Dios se vió
lleno de devotos cargados de cilicios; los sacerdotes estaban con
un saco, y en fin, todo el pueblo en oracion, en ayunos y sollazos.
Los niños tambien postrados en tierra, imploraban con las voces

de su inocencia la misericordia de Dios. Este magnánimo Pontífice, no ignorando que juntamente con la prudencia es menester emplear la actividad, no se contentó con llorar delante del altar, sino que visitó en persona las ciudades y aldeas, consolando á los afligidos, animando á los cobardes y fortificando á los flacos.

CAPITULO II.

Infórmase Holofernes del poder y circunstancias de los judios.— Achior, príncipe de los amonitas, le hace una relación circunstanciada de todo. Castigo que experimenta.— Dirígese el ejército contra Bethulia.— Apuros de sus habitantes.

LLEGÓ la nueva á Holofernes de que los judios se preparaban á la defensa, y querian oponerse á su poder, de lo que se encolerizó mucho, y llamó á los príncipes de los amonitas y moabitas, que estaban en su ejército para informarse de las fuerzas que podría tener aquel pueblo que se disponía á hacerle cara; y respirando volcanes, evocó la consulta con orgullosos términos de amenaza: ¿qué reino es este, soldados? les dijo: ¿qué número de ciudades son las que habitan? ¿en qué poder confía su insolencia? ¿qué confederación mantiene? ¿de dónde esperan auxilio contra el poder de mis armas? si todos los de Oriente se sujetaron á Nabuco, ¿cómo desprecian estos la magestad de su nombre? Sepa yo qué gente es esta. Entonces Achior, príncipe de los amonitas, se levantó y le hizo una larga relación del origen y cualidades de los judios, diciéndole en breves palabras lo siguiente.

«Sabrás, señor, como esta nacion descien- de de los Caldeos y se separó de ellos por causa de discordia en la religion, me- nospreciando á todos los dioses gentiles, y no creyendo sino en un Dios, autor del Cielo y de la tierra. Estos pasaron á Egipto »padeciendo en el camino una grande hambre, y allí se multipli- »caron tanto, que comenzaron á dar recelos á los egipcios, que »continuamente los maltrataban. Pero su Dios vengó aquellos »agravios con horribles plagas que envió desde el Cielo para des-

»truir á todo Egipto ; de manera que sus enefigos se vieron
»obligados á dejarlos ir libres donde quisiesen. El rey Faraon,
»babiendo tomado la resolucion de perseguirlos y acabarlos, fué
»sepultado con toda su armada en el mar Rojo , por donde este
»pueblo habia pasado á pié enjuto. Desde alli caminaron por los
»desiertos estériles de la Arabia , en donde Dios los sustentó
»milagrosamente , enviándoles manjares del Cielo y disponiendo
»que las peñas abriesen sus manantiales y fuentes. Y has de
»advertir, señor, que cuando estos hebreos están bien con su
»Dios , son invencibles , lo cual se ha conocido por las victorias
»que han obtenido de los Jebuseos , Phereceos , Amorreos y
»otros pueblos que ellos han vencido apoderándose de sus tier-
»ras y estados. Pero si acaso sucedia que estuviesen manchados
»con alguna iniquidad, no habia pueblo mas cobarde , porque
»entonces estaban desamparados del Cielo y destituidos de todo
»poder. Y por tanto, no os aconsejo que aventureis con ellos
»antes de saber el estado en que se hallan al presente con su
»Dios , porque si se hallan bien unidos con él , le adoran y reve-
»rencian como deben ; siempre quedarán vencedores.»

Los capitanes de Holofernes , oyendo las palabras de Achior,
le dijeron mil injurias , y soberbios le llenaron de oprobios , solo
por haber pensado que tan corto número de gente mal parada
fuese capaz de resistirse á los ejércitos reales de Nabucodonosor
gobernados por el valiente general Holofernes ; le creyeron sospe-
choso y poco diestro en ardides de guerra , y encendidos en ira
se decian: para que vea su engaño hemos de subir animosos las
murallas , haciendo prisioneros á los que tiene por tan fuertes y
que tanto le acobardan: ha de morir á lanzadas en medio de los
vencidos , y han de conocer estas gentes que Nabucodonosor es
el dios de la tierra. Holofernes tuvo á Achior por menguado y
cobarde , y mandó que le entregasen á los judíos , pues era judío
de corazon y de afecto. Los soldados le llevaron á las puertas
de la ciudad de Bethulia , y alli , atándole á un palo , le dejaron
á discrecion de los ciudadanos , los cuales salieron por él y le
llevaron delante de los sacerdotes que gobernaban , y de todo el
concurso del pueblo para informarse de lo que le habia sucedido.
El les hizo un largo razonamiento , diciendo todo lo ocurri-

do, y dando muestras de lo mucho que respetaba la magestad de su Dios, por lo que todos comenzaron á llorar de contento, y dieron gracias á la bondad Divina, postrándose en tierra y prometiendo todo favor y beneficio á su prisionero, que le recogieron y cuidaron afectuosamente.

En el interin mandó Holofernes abanzar sus tropas para escalar á la pequeña ciudad de Bethulia; pero vió peleaban contra él gentes que no se veian, escondidas en los montes que conducen á la ciudad, que hacian mucho daño en su ejército por hallarse embarazado en los pasos mas estrechos. Sus capitanes le aconsejaron que no atormentase inútilmente á los soldados, sino que se apoderase del encañado de las fuentes por donde iba el agua á la ciudad, que de esta manera la rendiria á poco trabajo. Esto ejecutado hizo un grande efecto; porque el pueblo viéndose privado del agua, comenzó á murmurar públicamente contra los sacerdotes, que por su temeridad se habian puesto á resistir á un tan grande y poderoso ejército contra el ejemplar de tantos pueblos, que advertidos de esto mismo se habian sometido al formidable poder de Holofernes; y así decian á grandes voces, que era necesario rendirse á los asirios, antes de ver á sus pobres mugeres é hijos sepultados entre las ruinas. Ozias, en ausencia de Eliachin, los apaciguó con sus lagrimas, y alcanzó de ellos que tuviesen paciencia y esperasen solo cinco dias.

CAPITULO III.

Virtudes y valor incomparable de Judith.—Opónese á que se entregue la ciudad de Bethulia, y se ofrece á salvarla.—Previsiones que hace para llevar á cabo su obra.

La ciudad de Bethulia tenia dentro de sus murallas un gran tesoro de virtudes, cuyos méritos aun no eran conocidos. Este era, pues, la hermosa Judith, en quien el cielo habia puesto las mas raras cualidades, la habia escogido para libertar á su patria de las grandes calamidades de que se veia amenazada. ¡Oh be-

nignísimo Dios, y por qué medios tan estraños procura favorecer á los que le aman, le sirven y le invocan en sus mayores tribulaciones y fatigas? Era Judith nobilísima matrona, ilustre heroína del pueblo de Israel, hija de Merari, y descendiente del antiguo Ruben: su nobilísima estirpe se mereció los respetos en todas las doce Tribus; y las graciosas perfecciones de que Dios la adornó la hicieron muy amable: propúsola su padre para esposo un bizarro mancebo llamado Manasés, que vivía en Bethulia, á donde tenía sus padres; precediendo las debidas diligencias y el casto consentimiento de la hermosa Judith, se celebraron las bodas casándose con Manasés. Este era un riquísimo y potentado señor, de ilustre descendencia, dueño de fertilísimas y dilatadas dehesas, de muchos y numerosos rebaños, con cuyas riquezas vivió con el santo temor de Dios en compañía de su amada esposa Judith, en cuya vistuosa vida se ejercitaron mucho tiempo, hasta que tres años antes del sitio les aconteció el mas irreparable golpe. Solía salir Manasés á ver á sus jornaleros en el rigor del Estio, y en una ocasion de aquellas en que el sol le molestaba escesivamente, se le impresionó de tal modo, que le sobrevino una grave enfermedad que le ocasionó la muerte, dejando viuda á Judith, la que despues de mostrar su constancia y conformidad cuando recibió los pésames, aunque no sin abundantes lágrimas; y habiendo cumplido con la funeral memoria, resolvió variar enteramente su plan de vida. Mandó fabricar en lo alto de su casa una pequeña y solitaria estancia en forma de oratorio, donde se retiraba con sus doncellas, dedicándose continuamente á ejercicios y oraciones piadosas. Allí tenía depositada toda su alma, y sus entretenimientos devotos con su amado Dios y Señor, y desde allí subían sus castísimas invocaciones que llevaban los suspiros de su pueblo hasta el trono del Altísimo.

La casta matrona tenía su delicado cuerpo todo rodeado de cilicio: ayunaba todos los dias, á no ser los sábados y fiestas solemnes, que guardaban los judios; su corazon estaba encendido de un celo increíble por la gloria de Dios: lloraba y se compadecía mucho de las miserias de su escogido pueblo.

Llegó á oír esta valerosa santa que se habia resuelto en la junta de los sacerdotes, que en el término de cinco dias se habia de rendir la ciudad si no la venia socorro: se presentó prontamente á verse con el sacerdote Ozias, príncipe del pueblo, y con los demas que gobernaban: púsoles algunas réplicas contra lo que habian decretado, y sobre todo les dijo:

«Todo lo que habeis determinado no es mas que querer tentar á Dios, prescribiéndole el tiempo de sus misericordias, y tasarle su providencia: no toca á los hombres disponer los tiempos, pues están reservados á la disposicion del Soberano Señor; y asi lo mas conveniente es cuidar de hacer una exacta penitencia de los pecados de la vida pasada, é implorar la clemencia Divina con efusion de lágrimas, que ella sabrá hallar remedio á tanta necesidad y conflicto.»

Dióles á entender, manifestándolo con sólidos argumentos; que todas las personas escogidas son necesariamente probadas y experimentadas con diversas tribulaciones, y que los que las llevaban con paciencia alcanzaban al fin la gloria delante de Dios; pero los que se inquietaban y murmuraban, no mejoraban sus males, antes provocaban la ira del Altísimo, que dobla azote sobre azote en castigo de su falta de fé. En fin, ella les persuadió, que pues eran los caudillos del pueblo, y que tanta infiridad de almas respiraban con su aliento, que no dejasen de exhortarles á la paciencia, infundiéndoles al mismo tiempo valor y constancia.

Los gobernantes de la ciudad quedaron absortos de verla hablar tan divinamente; porque las palabras que salian de su boca tenían tan incomparable energia, que eran capaz de ablandar los mas inflexibles corazones. Convinieron todos en que era una mujer consagrada á Dios, que habia hablado por inspiracion Divina, y que no habia que decir nada en contra de sus elocuentes discursos. Pero como ella era tan humilde se retiró luego con profundísima sumision, y les rogó la dejasen una puerta de la ciudad franca para salir aquella noche, acompañada de su criada, al campo de Holofernes, porque tenia imaginado ejecutar una gran estratagemá por la libertad de su pátria, y que encargasen á todo el pueblo la encomendasen á Dios, sin permitir que por curiosidad quisiese nadie inquerir lo que queria hacer para su remedio. Ozias

la respondió que haría todo lo que pedía, y rogaría á Dios con intensísimas oraciones, para que saliese con su intento para el bien universal del pueblo.

CAPITULO IV.

Plegaria de Judith implorando el auxilio Divino. — Dispone su partida para el campo enemigo. — Despidenla tiernamente el sumo sacerdote Ozias y varios caballeros de la ciudad. — Llega al campamento y es presentada al general.

ANTES de emprender Judith la grande obra que se habia propuesto, de salvar á su patria se fue prontamente á su oratorio, donde estuvo mucho tiempo postrada delante de su Dios Omnipotente, ceñidas sus carnes de cilicio y cubierta la cabeza de ceniza; tan penitente y mortificada, lloraba delante de su presencia amargamente, é implorando su auxilio, deciale tierna y amargamente:

« Dios mio y dueño de mi alma: Dios de mis padres á quien
» nada es posible, mirad con los ojos de vuestra divina clemencia
» este pueblo afligido y atribulado: dirigid la vista hoy al campo
» de los asirios, arrojando sobre ellos los relámpagos y rayos que
» otra vez echásteis sobre el ejército de los egipcios, cuando fueron
» sepultados en los abismos. Suceda esto mismo en los que están
» hoy fiados en sus carros, lanzas y espuelas, sin reparar en que
» vos sois el Dios del cielo, que deshaceis los poderes de la tierra
» con una sola mirada de vuestros ojos. Levantad aquel mismo brazo,
» que por toda la antigüedad fue señalado con tantas maravillas, y
» hollad todas sus fuerzas con vuestro formidable poder. No permitais
» que ellos profanen vuestro templo y saqueen la casa en que
» vuestro nombre siempre ha sido invocado. Haced que este bárbaro
» general, que se promete gozar nuestros despojos, sea preso por
» mí con el lazo de sus ojos, y que con su propio alfanje divida el
» balma del cuerpo. Heridle por medio de vuestra gracia que espero
» infundireis en mis labios, y dará mas elocuencia á mis palabras.

»Animad mi corazon, Dios mio, y fortificad mi brazo. Dueño de
»mi alma, para concluir este grande hecho, que siempre será
»vuestro, y sacad una eterna honra de haber abatido este coloso
»por manos de una mujer flaca y débil. Vuestra fuerza no consiste
»en la muchedumbre de soldados, ni en el valor de los campeones:
»no son estos soberbios guerreros quien debe aguardar el socorro
»de vuestro brazo, sino el ruego de los humildes que grangea
»vuestro corazon, y lleva vuestras fuerzas á su proteccion. Dios
»de los cielos, Criador de las aguas y Dios de toda la naturaleza:
»oid á vuestra pobre sierva, que solo confia en vuestras misericor-
»dias. Dad consejo á mi corazon, palabras á mi boca y fuerzas á
»mis brazos, para defender nuestra causa, y que todas las naciones
»de la tierra habitable sepan que no hay otro Dios sino Vos.»

Estas eran las únicas armas de esta escelente muger; esta confianza tenia en el Dios de los ejércitos. Despues de acabada esta oracion, salió de su oratorio y bajó á su cámara, llamando á una esclava para que la vistiese y adornase: quitóse el luto que traia por su viudez; dejó el cilicio, lavóse y perfumóse; púsose las galas y adornos, peinó la trenza de sus hermosos cabellos y cubrió la cabeza con riquísimo cenital, adornó con pendientes sus orejas, las muñecas con manillas, su cuello con rica garganta, los dedos con sortijas, su pecho con algunas joyas: calzóse unos bellos chapines, que la hacian una gallarda y agigantada doncella; en fin, adornóse cuanto pudo con los mas ricos vestidos y alhajas que tenia. Parecia que Dios tomaba placer aquel dia de hacerla mas hermosa que nunca habia sido, y todas las gracias brillaban risueñas en su bellissimo semblante, por estar ella adornada por virtud y no por deleite.

Mandó á su esclava que dispusiese comida y bebida para las dos, temiendo ensuciar su cuerpo con viandas de los infieles; y luego que todo estuvo dispuesto, salió de su casa y caminó hácia la puerta de la ciudad, donde halló al príncipe y sacerdote Ozias con los demás caballeros, que ya estaban esperando, los cuales todos quedaron pasmados y admirados del esplendor de su celestial belleza. Nadie quiso ser curioso en informarse dónde iba, sino que solo se contentaron con rogar á Dios que cumpliese sus deseos, y así la dijeron: *Id en buen hora, matrona gallarda, y seais*

algun dia la honra y gloria de Jerusalem ; vuestro nombre sea puesto en el número de las grandes y virtuosas almas que hicieron á Dios servicios muy señalados. Salió, pues, de la ciudad, invocando el nombre de Dios y rezando algunas oraciones con su esclava.

Como ella llegó al campamento enemigo al apuntar el dia, descubriéndola los soldados, salieron corriendo á su encuentro, y viéndola tan admirablemente hermosa, quedaron de golpe mas deslumbrados de las luces de su rostro, que de los primeros rayos del sol. Informáronse de dónde era, á dónde iba y cuáles eran sus pretensiones. A que respondió, que era de Bethulia y dejaba aquella desdichada ciudad en la mas lastimosa infelicidad ; que venia sola á verse con su general, con quien tenia cosas muy árduas y singulares que comunicar, y que la llevasen pronto donde estaba Holofernes, que deseaba cuanto antes verse con él. Los soldados aun permanecian pasmados, y mucho mas lo quedaron al oír la razonar tan bellamente y con una magestad propiamente grande; por lo que la llevaron al momento ante su general.

CAPITULO V.

Reflexiones sobre la grandiosa empresa de Judith y su comportamiento. — Obsequioso recibimiento de Holofernes. — Razonamiento de Judith con el general. — Queda este prendado de las gracias y hermosura de Judith.

CAUSARA admiracion á algunos este modo de proceder en la virtuosa Judith. Una muger tan hermosa y tan capaz de provocar á los hombres, irse á meter en medio de los soldados sin temer el riesgo de la honestidad que amaba tanto, no considerando que con verla se escitaban los deseos, estando en lo mejor de su edad para participar ella tambien del amor que escitaba en los otros. ¿Quién la habia dicho que los asirios la habian de dejar pasar sin agraviar en nada su honra? ¿Qué seguridad podia tener de una milicia desenfrenada? Y aun cuando en esto hubiera seguridad, siempre una mujer honesta ha de procurar no esponer su decoro á la menor afrenta, aunque fuera con la idea de salvar la ciudad.

Si consideramos todo lo dicho, segun el mundo, es cierto que

no se puede defender; pero ¿quién se atreve á condenar lo que hacia con una manifiesta inspiracion de Dios y del buen ángel que la guiaba y llevaba como de la mano, haciéndola marchar segura á los precipicios, y siempre lozana como la yedra en la ruina de los antiguos edificios. Con todo eso, ella tuvo arte y maña para disimular su empresa, y supo con sus palabras contener á los soldados, para no hacer con ella alguna libertad. Además que quién ha de hacer escrúpulos de ardidés que son lícitos contra el enemigo en la guerra y salvar la vida, supuesto que algunos teólogos y jurisconsultos afirman que son buenos y loables por hacerse con buen fin y por medios legitimos?

Presentada, pues, delante del general Holofernes, quien estaba magestuosamente sentado en su trono, debajo de un pabellon de oro y púrpura, todo guarnecido de esmeraldas, soberbio y ufano como un pavo real que manifiesta al sol los ojos de su cola, por quien parece ha nacido. Luego que Judith llegó á su presencia se postró en tierra haciéndole una reverencia cortesana, pero no de adoracion. Hablóle con una sumision muy rendida la humilde dama y al punto le cautivó su corazon, cogiéndole como lo habia pensado en las redes de su pecho. Los que estaban presentes no quedaron menos cautivos que el general al ver su gallardía, hermosura y donaire: y así comenzaron á decir con admiracion, *que tierra que producía tan bellas mugeres, merecía cualquiera trabajo por conquistarla.*

Holofernes la mandó levantar luego al punto, y ella fingia tener algun miedo y haberse turbado por hallarse en la preseucia de un tan gran general, pues sabia que era muy vano, y que de esta suerte le podría vencer mejor. El la habló con increíble dulzura, asegurándola que no era tan tirano como le suponian; y que desde que gobernaba las armas de tan grande monarquía no habia hecho agravio á persona alguna de cuantas prestaban obediencia á su señor. Que él no queria mal á la nacion hebrea, antes bien, si hubiera hecho esta su deber no habria dado lugar á que se desenvainara ni una sola espada contra ella. Por lo cual deseaba saber por qué motivo habia dejado su ciudad y tomado la arriesgada resolucion de venir á su campamento.

Entonces esta matrona, santamente artificiosa, comenzó á

hablarle con tal agasajo y dulzura, que cien Holofernes tuvieran harto que hacer en defenderse de aquella máquina amorosa. Suplicóle la oyese con atencion y admitiese su razonamiento, pues Dios la tomaba por instrumento para tan gran negocio, Dióla licencia para hablar, y empezó diciendo:

—«Bien sé, señor, que Nabucodonosor es destinado por Dios para ser el rey del mundo, y que todo el poder de su monarquía se encierra en Holofernes, donde vive y triunfa magníficamente para bien de los buenos y castigo de los malos. No soy, señor, tan ignorante de las cosas del mundo, que no haya conocido la prudencia y el valor de un Holofernes que tiene la honra de ser el único en todo el reino de Nabucodonosor, y que ha llegado á tan alto grado del poder con quien nadie de este mundo le puede igualar, por la bondad de su corazon, pues no quiere ser poderoso, sino solo por hacer bien, como lo testifican todas las provincias, en las que ha puesto tan buen orden para los asuntos del reino. He sabido lo que ha pasado con Achior, y es cierto que él ha conocido verdaderamente el débil espíritu de mi nacion, y así haceis muy bien al presente, que Dios está irritado contra ella, y la tiene anunciando por sus profetas su ruina. Por esta causa están amedrantados, que mas no os lo puedo ponderar; además que el hambre y la sed conspiran en su destruccion y están ya resueltos á matar todos los animales para beber la sangre, sin perdonar aun las cosas consagradas á la magestad Divina, que es la señal mas infalible de su depravacion. Por esta causa, señor, he dejado esa ciudad, y vengo á daros este aviso; habeis de saber que el Dios que yo adoro es muy grande, y que no dejaré de rogarle por vuestro ejército, para saber su voluntad, y decir os el tiempo que tiene determinado para la última desdicha de esta infeliz ciudad. Y podeis estar seguro que os entraré dentro de Jerusalem, entregándoos todo el pueblo como ovejas sin pastor, sin que haya siquiera quien se atreva á poner la menor resistencia, siendo justo que tales hombres se sujeten á un poder tan formidable, conducido por la mano del Altísimo, siendo esta la disposicion de su providencia.»

Holofernes, que ya estaba preso por los ojos, fué encadenado por los oidos con la dulzura y artificio de estos discursos, siendo ya su corazon un volcan. A caricióla mucho, prometiéndola que

su Dios seria el suyo, que la haria grande en casa de Nabucodonosor, y respetada por toda la tierra. Los que se hallaron presentes á este razonamiento, se admiraron mucho de su gran despejo y sabiduria, diciéndose unos á otros: *no hay muger semejante sobre la tierra, por su aspecto, su hermosura y su elocuencia*, Hizola luego entrar Holofernes en su cámara donde tenia sus tesoros, para que viese su grandeza, y la señaló cierta cantidad diaria para su plato, á que ella respondió, que aun no la era permitido, segun su ley, comer en una mesa con persona de otra religion distinta que la suya; y que con esta prevencion traia consigo todo lo necesario.

—Pero cuando vuestra provision se acabare, dijo Holofernes, ¿qué hemos de hacer con vos?

—Espero cumplir el negocio que tengo trazado, replicó ella, antes de que se me acabe la provision que he traído.

Mandó Holofernes, despues de esto, que la alojasen en una rica tienda para que reposase, y antes de separarse del general le pidió una merced, que era la dejasen salir antes del dia para hacer sus oraciones al Dios que adoraba segun su costumbre, y atravesar el campo con toda libertad, sin que ninguno osase impedirle ni perturbarla; para lo cual dió Holofernes una orden rigurosa con el fin de que se cumpliese todo conforme lo pedia,

Por esta causa, en el silencio de la noche se fué á lavar secretamente á una fuente, para purificarse del comercio que habia contraído con los infieles, y rogó á Dios incesantemente fuese servido de conducir sus designios para alcanzar la libertad de su patria.



CAPITULO VI.

Convite en la tienda de Holofernes para agasajar á Judith. — Se escede el general en la bebida y le acuestan completamente embriagado. — Judith corta la cabeza á Holofernes y se marcha con ella para Bethulia. — Salen á recibirla con sumo alborozo y alegría.

CUATRO dias se habian pasado que Judith estaba en los reales de Holofernes, aguardando ocasion de ejecutar lo que tenia pensado, cuando este quiso de puro contento celebrar un banquete con intencion de obsequiar á su huésped, pensando que con este agasajo la atraeria á su voluntad, Pero como los asirios tenian por deshonra enamorar á una muger sin alcanzarla, no se atrevia á aventurar en declararse, sino que lo encomendó á Bagao, que era su camarero mayor, para que lo diligenciase. Este hizo lo que pudo, diciéndola habia caido muy en gracia á su señor, y que aquel dia tenia dispuestto un banquete, en que la deseaba ver á solas, que no tenia que hacer escrúpulo en obedecer, pues era una de las mayores honras que podia tener en su dia. Añadió tambien que era menester estar alegre y pasar el tiempo sin melancolia. Bien entendió la dama á lo que aquello se dirigia, y respondió que estaba dispuesta á obedecer en todo las órdenes de su señor, no queriendo mas voluntad que la suya; y luego al punto se adornó lo mejor que pudo para llamarle mas la atencion, y así pasó á su retrete.

Al instante que la vió Holofernes sola junto á sí, le palpitó el corazon y parecia que los resplandores que salian de los ojos de aquella beldad le habian sacado fuera de sí. Su pasion no le daba apenas lugar de hablar: contentábase solamente con brindarla á regocijarse, asegurándola que la habia granjeado el corazon. Sentáronse á comer, y la virtuosa Judith le suplicó tuviese por bien de que ella se portase á su modo por entonces, y le dejase comer solo lo que su esclava la traia. El se lo concedió gustoso, ofreciéndola hacer en todo su voluntad por no disgustarla.

Consideróse ya desde entonces Holofernes por el hombre mas dichoso del mundo, manifestándolo con sumo placer y alegría: bebía abundantemente, y se mostraba gallardo y placentero en extremo, de lo que Judith daba muestras de alegrarse, diciendo gustaba mucho de verle tan contento, y que de allí en adelante podría contar aquel día por el mas dichoso y feliz de cuantos habia vivido. El por darle gusto, repetía sus agasajos, bebiendo cada vez mas; de manera que se embriagó con una profunda borrachera; conoció ella que aquel hombre estaba fuera de sí, y que no se hallaba en estado de pasar adelante en sus deshonestos intentos, estando privado de la razon por el demasiado vino que habia bebido. Viéndolo tan embriagado Bagao, su camarero, procuró meterle en la cama, lo que ejecutó desnudándole: dejóle echó un tronco en ella y cerrando la puerta le dejó solo con Judith. Todos los demás criados habian bebido tambien tanto, que no necesitaban sino dormir; solo Judith quedó en vela y bien despierta: dió orden á su esclava que aguardase detrás de la puerta, y de allí no se apartase, para que al menor aviso concurriese á lo que la mandase.

Ya se hallaba sola la buena Judith con Holofernes en su retrete, y púsose á contemplar en aquel bárbaro general, que dormia y roncaba con demasia. Cuando le pareció poner en práctica sus designios, se llegó á la cama, donde se detuvo algun rato, suplicando ardientemente entre sí á Dios, que fuese servido de dar cumplimiento por su mano al grande hecho que tenia premeditado. Ya resuelta á dar principio á la obra, cogió el alfange ó cimitarra del mismo Holofernes, y desenvainando su acero animosamente, llegó á aquel dormido tronco, cogióle de los cabellos, y diciendo allá en su corazon: *Dios mio, alentad ahora mi brazo*, ejecutó varonilmente el golpe, de suerte, que de dos cuchilladas le cortó y separó enteramente la cabeza de los hombros. Llamó prontamente á la esclava, le entregó la cabeza de Holofernes, y esta la metió en el saco en que habia traído la comida. Envolvió Judith el cuerpo entre las sábanas, recogiendo el pabellon y el alfange, y se salieron de la tienda muy disimuladamente, atravesando los reales sin que persona ni soldado alguno les pusiese impedimento por la orden que ya tenian del general.

Llegaron de noche á la puerta de la ciudad de Bethulia, y desde lejos comenzaron á dar voces á los centinelas, diciendo: *Abrid, que Dios está con nosotros, y ha hecho maravillas en Israel.* Fueron corriendo á avisar al sacerdote Ozias y á todos los demás gefes, que con toda precipitacion salieron á recibirla. Luego que se estendió la noticia, todo el pueblo corria por las calles ansioso por ver á Judith: rodeáronla multitud de hombres, mugeres y niños, dándola en altas voces el parabien de su vuelta, pues pensaban antes que ya la habian perdido para siempre, y la miraban como si viniera del otro mundo.

Mandó Judith encender faroles, y subiendo á un lugar eminente, donde se solia hablar al pueblo, dijo asi: «Señores y compatriotas míos, dad gracias á Dios que nunca ha desamparado á los suyos, y por su gracia ha cumplido en el dia de hoy la promesa que tenia hecha á su pueblo escogido, porque esta noche he muerto por mis manos al enemigo comun de nuestra nacion. Y diciendo, esto pidió á la esclava el talego donde traia la cabeza horrible de Holofernes, y sacándola se la manifestó á todos los concurrentes, diciendo: «Veis ahí la cabeza de Holofernes, general de los asirios.» Y desenvolviendo el pabellon, dijo: «Este es el pabellon en que dormia Holofernes su embriaguez, y Dios le ha muerto por manos de una muger. Pongo por testigo á Dios vivo, que con la proteccion de su santo ángel me ha conservado pura en la marcha, vuelta y estancia en el campo, sin permitir que persona alguna intentase contra mi honor; y así quedo doblemente gozosa de la victoria y de vuestra libertad. A él es á quien habeis de dar toda alabanza; porque sus bondades y misericordias son inagotables.»

El pueblo salió fuera de sí con el grande gozo que concibió de sus demostraciones y palabras, y viendo la cabeza de Holofernes á la luz de las antorchas, como era de noche, les parecia un sueño cuanto veian y oian. Postráronse todos en tierra y adoraron á Dios que obra tan grandes maravillas, y despues volviéndose á Judith, la llenaron de mil bendiciones, aplausos y aclamaciones, protestando que ella era su madre y libertadora, y diciendo á grandes voces: *Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel y tú el honor de nuestro pueblo.*

Entonces el sacerdote Ozias, príncipe de Israel, la dijo: «Vos sois en el día de hoy, hija mía, bendita y gloriosa entre todas las mugeres que viven en la tierra. Alabado sea el Criador del Cielo y de la tierra, que ha guiado con tanta felicidad vuestra mano victoriosa, para la ruina y perdición de nuestro capital enemigo, y por el mismo medio ha glorificado vuestro nombre, y le ha hecho inmortal en la boca de los hombres que tienen algun conocimiento en las maravillas de Dios. Todo el mundo recordará con placer que habeis arriesgado vuestra vida por sacar al pueblo de las ruinas en que casi estaba sepultado.» Llamó despues á Achior, y le dijo: «No habeis malogrado el testimonio que disteis del poder de nuestro Dios. Veis aquí la cabeza del general de los incrédulos, cortada por la mano de esta santa heroína. Veis ahí quien os amenazaba que os quitaría la vida en apoderándose de Bethulia, y ahora nada teneis que temer de él.» Quedó este hombre tan asombrado con esta inesperada nueva, que se echó á los pies de Judith y la adoró, convirtiéndose á la verdadera religion, y dando toda la gloria al Dios de Jerusalem.

CAPITULO VII.

Gran victoria conseguida por los Israelitas, dejando completamente destrozado el ejército que los sitiaba. — Recibe Judith mil bendiciones y aplausos del Pontífice y del pueblo. — Distribucion de los ricos despojos cogidos al enemigo.

LA intrépida Judith aconsejó al pueblo que al despuntar el día saliesen armados de la ciudad, como aparentando querer dar la batalla: que con esto irian corriendo los asirios, á dar aviso á la tienda de Holofernes, y viendo el suceso quedarían amedrentados; y que se haria gran destrozo en sus filas. Ejecutóse lo que Judith habia ordenado, y observando los enemigos el movimiento de los sitiados, los capitanes acudieron á su general á tomar las órdenes necesarias. Llamaron á Bagao, su camarero, para que entrase dentro, y él lo rehusó al principio, no queriendo interrumpir los

placeres de su señor; pero como se iba haciendo preciso, entró é hizo ruido, no como que lo queria hacer, sino por acaso; y viendo que nadie se movia, se acercó hasta la cama, pensando que todavia estaba con Judith. Al cabo habiéndole dicho los capitanes que el enemigo estaba dispuesto á dar una batalla, descorrió con mucho tiento la cortina, y vió el cuerpo de su señor sin cabeza, que estaba nadando en sangre.

Quedó tan fuera de sí, que hizo luego al punto pedazos sus vestiduras en señal de dolor, y fue corriendo á la cámara de Judith, para darla mil muertes si la encontrase; pero no hallandola, comenzó á dar horribles gritos, y dijo como aquella estrangera habia perdido la causa de Nabucodonosor, y que habia muerto á su general Holofernes, que no era mas que un tronco sin cabeza, cubierto de sangre. Fueron todos corriendo á verlo, y quedaron atónitos del terror que les causó. Divulgóse rapidamente por el ejército el estrago, y todo fué una desesperacion, lágrimas y sentimientos. Al mismo tiempo se descubrió la cabeza de Holofernes colgada en las murallas de Bethulia, á cuya vista todas las tropas del ejército de los asirios temblaban con un temor pánico, y como castigadas con un azote del Cielo, comenzaron á desvandarse tumultuariamente, huyendo y procurando salvar cada uno su vida con la fuga.

Los israelitas acometieron contra ellos, haciendo una terrible mortandad, siguiéndoles con una grande algazara y griteria, como si tuviesen muy grandes fuerzas; ademas como sus escuadrones marchaban en batalla y en buen orden, les era fácil vencer á los que huian atemorizados y sin esperanza de resistir. Todos los pueblos circunvecinos, luego que oyeron y observaron la novedad, salieron armados y furiosos contra sus enemigos, viniendo á tomar parte en la gloria de Bethulia; y poniendose en campaña, acometian por todas partes, dando sobre sus contrarios.

Los israelitas, fatigados de pelear, dejaron tendidos en el campo un asombroso número de cadáveres enemigos. Solo á la proteccion señalada del cielo se ha podido atribuir tan célebre victoria obtenida con una pérdida casi insignificante por parte de los sitiados.

En fin todo el campo de Holofernes fue destruido, á pesar de ser tan formidable, que pasaban de cien mil hombres. La fama de

esta gloriosa victoria llegó á Jerusalem, y el Pontífice y sumo Sacerdote Eliachin, ó Joachin, vino á Bethulia con sus sacerdotes por ver á la victoriosa Judith y llenarla de bendiciones. Luego que oyó Judith que venia el Pontífice á Bethulia, salió á recibirle, y al llegar á su presencia se echó á sus pies, para que la diese su bendición, lo cual hizo el sumo sacerdote, diciéndola: «Tu eres, hermosa Judith, la gloria de Jerusalem, tú, la alegría de todo Israel, tú, en fin, la honra de todo nuestro pueblo, porque has obrado varonilmente en esta grande empresa. Tu corazón ha sido confortado por la virtud del Altísimo, y porque has amado la castidad, y no has querido conocer mas varon que el que gozaste; por eso la mano del Señor confortó tu brazo, y es debido que seas bendecida por los siglos de los siglos.» Entónces al concluir el sumo Sacerdote, respondió todo el pueblo: «Amen, amen.» Prosiguió tambien este echándola mil bendiciones, pues no se oía por todas partes sino gritos de alegría y aclamaciones que la publicaban: «Gloria de Jerusalem, gozo de Israel, honra del pueblo, muger fuerte, casta y valerosa, princesa incomparable, cuya fama vivirá eternamente.»

Un mes se pasó en continuos regocijos y trofeos en el pueblo. Casi treinta días duró tambien el recoger los despojos que dejó en el campo el enemigo, de los cuales los mas preciosos en oro plata púrpura, perlas y joyas, con otros muchos que juzgaban de Holofernes, fueron presentados á Judith; lo demas, que fue en extremo mucho y rico, como tambien muchos viveres, trigo carnes y vino, todo se repartió en los vecinos de Bethulia, que quedaron muy complacidos y satisfechos. Compuso Judith entónces un cántico de triunfo en accion de gracias al Señor, el cual fue cantado solemnemente con admiracion de todos.



CAPITULO VIII.

Ofrece Judith al templo de Dios todas las riquezas, armas y trofeos que la correspondian.—Se retira del mundo para concluir sus dias haciendo vida ejemplar.—Elógios á tan ilustre matrona.—Conclusion.

PASADO aquel mes de alegría, se dispusieron todos ir á Jerusalem al templo de Dios á darle gracias, cumplir los votos de todo el pueblo, y hacer grandes ofrendas, en que se pasaron tres meses con muchísimos regocijos, no habiendo dia que no hubiese fiesta, ni casa que no pareciese gozar de todos los placeres del Paraiso. Judith presentó al templo de Dios el pabellon de Holofernes con sus armas, cuya memoria estuvo siempre fija. Tambien presentó el velo de su cama, que ella misma cogió junto con el pabellon: y así esto como todo lo que el pueblo habia recogido, las joyas, perlas, plata y oro de Holofernes, todo se lo ofreció á Dios en accion de gracias por lo mucho que le habia favorecido y ayudado á su patria y todo Israel. Fueron los demas asimismo ofreciendo de los despojos que les habian tocado, con que dejaron el templo de Dios muy enriquecido.

Concluidas estas ofrendas y regocijos se volvieron todos á sus casas, y la santa Judith se volvió á su querida ciudad de Bethulia, conservándose siempre viuda desde que murió su esposo Manasés; y siempre honrada de todo el mundo como la persona mas gloriosa que habia sobre la tierra. Dió libertad á su esclava Abrahama, y vivió hasta ciento y cinco años con su pueblo en una profunda paz, sin que en este tiempo y mucho despues de su muerte, hubiese habido quien inquietase á Israel. En fin, murió esta grande heroína, y fué sepultada en el sepulcro de su marido en la misma ciudad de Bethulia, en cuya poblacion, así como en todo Israel, fué llorada por muchos dias consecutivos. Todo lo restante de su vida despues de la victoria lo pasó en una retirada soledad, dando á todos un grande ejemplo de virtud. El dia aniversario de

su triunfo fué celebrado siempre, y puesto en el número de las grandes festividades de los judíos para toda la posteridad.

Justo es que tambien nosotros hagamos á esta gran matrona sus honras, publicando sus virtudes, para ejemplar edificacion y modelo de virtudes y heroismo. Nada tuvo Judith de afemina-da sino el sexo: toda fué varonil, toda generosa llena de prodigios. La naturaleza no la dió mas de el sexo, dejando á la virtud que hiciese lo restante; y la virtud despues de haber trabajado mucho tiempo en esta bella obra, se incorporó dentro de ella. Nunca la hermosura estuvo mejor colocada que en su cara, con una mezcla de gravedad y amor, que cautivaba á cuantos la miraban: Era amable en sus gracias, y formidable en su valor. Su brazo hizo mas en cortar una sola cabeza, que si hubiese muerto cien mil hombres; pero el amor tuvo un excelente empleo en esta accion; y á decir la verdad, él consagró sus flechas: nunca fué tan inocente en sus combates ni tan glorioso en sus triunfos, pues triunfó y venció al que en su soberbia imaginacion le parecia poco todo el mundo,

Finalmente, Dios, que obra tantas maravillas, abona esta historia, habiendo querido fuese parte de la Escritura Sagrada. Es un monumento eterno de la virtud y heroismo. Un gigante que ponía monte sobre monte para subir en medio del hierro y del fuego hasta el trono del Altísimo, veisle aquí vencido y bañado en sangre por una muger que le cortó la cabeza; y un ejército que hacia sombra al sol con la multitud de sus volantes hachas, destrozado y derrotado por la empresa de una Judith.

Nunca esta virtuosa heroína se dió la alabanza de esta obra. Dios fué quien obraba en ella, quien la guiaba la mano, fortificaba su brazo, la daba el espíritu de prudencia, el ardor y la inspiracion de su alma. ¡Oh qué formidable es este Dios de los ejércitos! ¿Quién es el que no teme á su Justicia, sino quien no le conoce? ¿Qué de torres de orgullo han caído de lo alto, y aun caerán debajo de sus manos? Teman todos su poder, y búscandole por medio de la penitencia, trocarán todo su rigor en blandura, toda su justicia en misericordia, y toda su ira en amor.

HISTORIAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA MISMA IMPRENTA

	Pliegos.		Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.	5	La Hermosa de los cabellos de oro	3
Carlo-Magno y los doce pares de Francia.	4	D. Pedro de Portugal.	3
Roberto el Diablo.	4	Tablante de Ricamonte.	3
El Conde Partinoples.	4	La Doncella Teodora.	3
Clamades y Clarmonda ó el Caballo de Madera.	4	Ana Bolena.	3
Flores y Blanca Flor.	4	La Española Inglesa.	3
Pierres y Magalona.	4	La Heróica Judith.	3
Aladin ó la Lámpara Maravillosa.	4	Cornelia ó la victima de la inquisicion.	3
Bertoldo, Bertoldino y Cacasono.	4	Noches Lúgrubres de Cadalso.	3
El Nuevo Robinson.	4	Matilde y Malek-Adhel.	3
Simbad el Marino.	4	Abelardo y Eloísa.	3
Orlando Furioso.	4	El Marqués de Villena ó la Redoma Encantada.	3
El Emperador Napoleon.	4	El Conde de las Maravillas.	3
Doña Blanca de Navarra.	4	El robo de Elisa ó la Rosa Blanca encantada.	3
El general carlista Cabrera.	4	La Garduña de Sevilla.	3
El ex-regente Espartero.	4	El Bastardo de Castilla ó el Castillo del Diablo.	3
D. Martin Zurbano.	4	Doña Juana la Loca reina de España.	3
El Sitio de Zaragoza.	4	Santa Genoveva.	3
D. Diego Leon.	3	San Alejo.	2
El Conde de Montemolin.	3	San Amaro.	2
Zumalacarrégui.	3	San Albano.	2
D. Pedro el Cruel.	3	Ntra. Sra. de Monserrat y penitencia de Fr. Juan Garin.	2
Bernardo del Carpio.	3	El Papa Pio IX.	2
Gonzalo de Córdoba.	3	El valeroso Sanson.	2
Hernan Cortés ó la conquista de Méjico.	3	Francisco Esteban el Guapo.	2
Los siete infantes de Lara.	3	El Marqués de Mantua.	2
La Guirnalda Milagrosa.	3	La creacion del Mundo.	2
El nuevo Navegador.	3	El Diluvio Universal.	2
Los Siete Sábios de Roma.	3		